

León C. Metz., *Border: The U.S.-Mexico Line*. El Paso, Texas, Mangan Books, 1989.

Por Lawrence Douglas Taylor H.*

EL autor de este libro ha escrito varias obras sobre la historia de El Paso y del oeste de Estados Unidos en general, especialmente referente a temas militares, de pistoleros y de alguaciles famosos. Tiene gran familiaridad con la frontera entre México y Estados Unidos, puesto que ha vivido en El Paso, Texas, durante casi medio siglo y ha ocupado una variedad de cargos profesionales y públicos que le han puesto en contacto personal con mucha gente que habita los dos lados de la línea. Su libro más reciente, *Border: The U.S. Mexico Line*, probablemente represente una de las muy escasas obras en inglés que tratan de la historia de la frontera entre México y Estados Unidos en su totalidad, y que está basada en una multiplicidad de fuentes de todo tipo: colecciones de archivo, publicaciones gubernamentales, tesis, libros, artículos de revistas, entrevistas orales, etcétera.

La obra se divide en siete grandes apartados. El primero comienza con una descripción del trabajo que determinó los límites entre ambos países como resultado de la guerra de 1846-1848 y de los intentos iniciales por trazar la línea divisoria durante la década que siguió a la lucha. El segundo narra la redefinición de la frontera a través de la compra del territorio de La Mesilla, de 47 424 kilómetros cuadrados, así como la terminación de la tarea de medir la frontera y de colocar mojoneas, en un proceso que costó a México más de 500 kilómetros cuadrados adicionales de territorio. Metz señala que, de acuerdo con los términos del acuerdo del tratado de Guadalupe Hidalgo, una vez que los encargados de trazar la línea estuvieran de acuerdo con los resultados de la medición, ninguna de las dos naciones podría pedir cambios, aun cuando se pudiera mostrar que hubiera habido una equivocación.

La tercera sección del libro relata los conflictos y tensiones que ocurrieron entre los dos países a partir de la década de 1850, empezando con las expediciones filibusteras de William Walker en el norte y sur de Baja California en 1854, y las del francés Gastón Raousset de Boulbon y Henry A. Crabb en Sonora en 1854 y 1857, respectivamente; sin embargo, el término "filibusteros" no fue, como

***Lawrence Douglas Taylor**. Investigador del Departamento de Estudios Culturales de El COLEF. Se le puede enviar correspondencia a: Blvd. Abelardo L. Rodríguez, núm. 21, Zona del Río, Tijuana, Baja California. Tels. 300411, 300412, 300413 y 300418.

Metz declara,¹ inventado por los españoles, ni utilizado en el Siglo XIX para aludir a piratas o ejércitos privados que imponían su voluntad sobre sociedades pequeñas y fragmentadas. La palabra se originó como una versión latinizada de la expresión holandesa *vrij butter*; que significa “el que va a la captura del botín” (en Inglés, *freebooter* y en francés *filibustier*), y se empleaba para referirse a los corsarios de los países europeos que atacaban el comercio marítimo de España en los siglos XVI y XVII. Fue únicamente a partir de la década de 1850, cuando Estados Unidos y los países de habla hispana comenzaron a utilizarlo para tipificar a las expediciones organizadas y montadas ilegalmente por facciones rebeldes en territorio neutral con objeto de participar en acciones bélicas en países vecinos. Frecuentemente, los blancos de ataque fueron Cuba, México y América Central, y a veces el objeto de las expediciones fue apoderarse de una parte o de la totalidad de estos países, estableciendo gobiernos locales que posteriormente solicitarían la anexión de estas regiones a Estados Unidos. Gradualmente, con el transcurrir del tiempo, la expresión “filibusteros” pasó de moda, y hoy en día se emplea la palabra “mercenarios” para designar a tales grupos.

Por añadidura, las expediciones filibusteras tejanas de las primeras décadas del Siglo XIX no crearon “imperios momentáneos”, como el autor afirma, sino que en muchos casos fracasaron en el sentido militar, siendo sus integrantes expulsados o encarcelados. Asimismo, los intentos de los rebeldes del noreste de México, Antonio Canales y Antonio Zapata, de crear la “República del Río Grande” en los años 1839-40, y los de José María Jesús Carvajal de establecer la “República de la Sierra Madre” en 1851, no pueden ser denominados “filibusteros”, como Metz afirma,³ sino más bien representaron movimientos regionales de independencia dentro del contexto general de las guerras entre federalistas y centralistas.

Las actividades de los rebeldes locales mexicanos se incrementaron durante la lucha conservadora-liberal de 1858-67, cuando el gobierno central perdió el control sobre una gran parte del territorio del país en las áreas cercanas a la frontera. Durante 1859-60, Juan Nepomuceno Cortina, otro guerrillero del noreste, hizo incursiones en Brownsville y sus cercanías, ataques que provocaron persecuciones dentro del territorio mexicano por fuerzas procedentes de Texas. Las tensiones entre los dos países se agravaron aún más

1 León C. Metz, *Borden The U.S.-Mexico Line*. El Paso, Texas, Mangan Books, 1989, pág.119.

2 *Ibid.*, pág. 363.

3 *Ibid.*, págs. 122 y 124.

durante la Guerra de Secesión (1861-65), cuando los ejércitos unionista y confederado lucharon por el control de Arizona, Nuevo México y el bajo curso del Río Bravo.

En las décadas de 1870 y 1880, las incursiones de mexicanos a Texas en busca de ganado y los ataques de los indios merodeadores de las tribus comanche, kikapú y apache contra las propiedades y vidas de los blancos, provocaron penetraciones al territorio mexicano por destacamentos del ejército estadounidense. A veces, como el autor muestra, grupos armados de mexicanos también cruzaron la frontera ilegalmente, como en agosto de 1877, cuando una partida de mexicanos entró a Estados Unidos para liberar a los criminales Rodolfo Espronceda y Segundo Garza de la cárcel en Río Grande City, Texas. Revolucionarios mexicanos como Pedro *Winkler* Valdez y Porfirio Díaz organizaron grupos de hombres armados en suelo estadounidense y lanzaron ataques contra objetivos en México durante los años 1876 y 1877. Durante este mismo periodo, los esfuerzos de un grupo de capitalistas téjanos en El Paso para establecer un monopolio de control sobre la recolección de sal de un yacimiento en las cercanías del pueblo, prendió fuego a la llamada “guerra de la sal”, que provocó la muerte de varios miembros entre facciones rivales de las poblaciones anglo y mexicana de la región.

La Revolución Mexicana de 1910-20, como indica Metz, probablemente constituyera el acontecimiento más significativo en la historia de la frontera desde su creación. Relata la manera en que el desarrollo de los ferrocarriles y la minería llegaron a formar un telón de fondo para la lucha armada, la utilización de Estados Unidos por parte de los liberales y antirreeleccionistas como base para lanzar sus ataques contra el régimen de Díaz en México, así como la importancia de los combates que ocurrieron en la región fronteriza. Hay que señalar, sin embargo, que Ricardo Flores Magón y sus seguidores que se refugiaron en Estados Unidos a partir de 1904, no eran unos maniáticos lanzadores de bombas, como Metz afirma,⁴ sino que fueron revolucionarios sinceros, quienes, aunque exhortaban a sus connacionales en México a tomar las armas para derrocar el régimen de Díaz, la mayor parte del tiempo se dedicaban a difundir sus ideas revolucionarias por medios más pacíficos, principalmente a través de periódicos como *Regeneración*.

Metz calcula que la mitad de las fuerzas revolucionarias a lo largo de la frontera con Nuevo México, Arizona y California estaban compuestas por extranjeros. Tal suposición es cuestionable, puesto que, en primer lugar, el autor se refiere seguramente al lado

4 *Ibid.*, pág. 373.

estadunidense de la frontera y, en segundo lugar, basa su opinión exclusivamente en fuentes provenientes de observadores de esta nacionalidad, cuyas cifras referentes al número de extranjeros que combatieron en la Revolución, acepta sin cuestionarlas. Su estimación puede ser correcta referente a los grupos de magonistas que lucharon en el Distrito Norte de Baja California en 1911, pero es seguramente una exageración en cuanto a las fuerzas insurrectas que operaban a lo largo de la frontera entre Algodones y Ciudad Juárez durante el mismo periodo.

Metz hace hincapié en el hecho de que muchos de los dirigentes revolucionarios principales, como Madero, Carranza, Villa, Obregón y Calles, eran de los estados norteños de México que tienen frontera con Estados Unidos. Su evaluación de Villa, empero, refleja cierto estereotipo de este jefe, común entre los estadounidenses. No existen evidencias que comprueben que Villa haya sido *rape-orientated* (inclinado hacia la violación de mujeres), o que se convirtió en héroe no porque los mexicanos tuvieran buenas impresiones de él, sino porque desafió a Estados Unidos.⁵ Villa era quizá el líder más carismático de los jefes insurrectos; además, se llevaba bien en general con el pueblo y las autoridades estadounidenses hasta la última mitad de 1915, aproximadamente, cuando perdió la iniciativa militar y la política del gobierno de Estados Unidos empezó a inclinarse en favor de Carranza. Referente al asalto villista a Columbus, Nuevo México, Metz concluye que sólo se puede conjeturar en torno a los motivos de Villa en atacar a este pueblo. Opina, empero, que Villa decidió atacar el pueblo durante un momento de inestabilidad mental, cuando no sabía lo que estaba haciendo; sin embargo, no toma en cuenta de que las desavenencias de Villa con Estados Unidos habían comenzado desde tiempo atrás, y que su ejército necesitaba armas desesperadamente, puesto que ya no podía importarlas libremente a través de la frontera.

Las secciones quinta y sexta del libro analizan los esfuerzos de México y Estados Unidos por arreglar los problemas prácticos y diplomáticos provocados por los ríos Colorado y Bravo, que juntos forman una porción considerable de la línea divisoria. Como Metz señala, la decisión de utilizar estos dos ríos para demarcar los límites entre los dos países condujo inevitablemente a problemas entre las dos naciones, puesto que, a diferencia de las fronteras terrestres, las fluviales son sujetas a cambios provocados por la naturaleza, es decir, pueden evaporarse, desbordar sus bancos, cambiarse de canal, expandirse, contraerse, y hasta desaparecer totalmente. En el

5 *Ibid.*, pág. 239.

caso del Río Colorado, la construcción de presas, acueductos y obras de riego ayudó a asegurar un abasto adecuado de agua para partes del suroeste de Arizona, el sureste de California y el valle de Mexicali en Baja California. Referente al Río Bravo, la realización de obras de Ingeniería hidráulica también fue importante, pero, el problema más grave en términos de la armonización de relaciones entre los dos países ocurrió debido a los cambios en la dirección del río a raíz de la erosión de los bancos a lo largo del tiempo y la formación de nuevos cauces. Metz detalla las largas y complejas negociaciones llevadas a cabo por los gobiernos mexicano y estadounidense para resolver las disputas territoriales provocadas por este tipo de problemas, la más destacada de las cuales era la del Chamizal, que duró aproximadamente un siglo.

La última sección del libro, que trata de la historia de los trabajadores migrantes mexicanos en Estados Unidos, es quizá la más interesante de todo el volumen. Metz señala que, cuando el congreso estadounidense promulgó el Acta de Exclusión de los Chinos en 1882, surgió el contrabando de “espaldas mojadas chinos” a lo largo de la frontera entre los dos países, un fenómeno que prefiguró de alguna manera el problema posterior de los trabajadores migrantes mexicanos. También argumenta que durante las primeras décadas de este siglo, la aplicación de las leyes de inmigración estadounidenses referentes a la contratación de obreros extranjeros era más estricta en las costas del Atlántico y del Pacífico que en la frontera sur con México. El autor revela un entendimiento profundo de la complejidad de factores que han tenido importancia en la formulación de actitudes y políticas por parte del gobierno estadounidense hacia los trabajadores migrantes mexicanos. Muestra la ironía el hecho de que, justo durante aquellos periodos cuando Estados Unidos ha intentado “cerrar” la frontera a este tipo de inmigrante, el número de inmigrantes mexicanos ilegales siempre se ha incrementado de manera notable.

Una limitación de la obra consiste en el hecho de que Metz dedica mucha más atención al papel de los personajes y acontecimientos estadounidenses en la historia de la frontera, mientras que los de México han sido relegados a un segundo nivel de importancia. Además, el libro es más bien una crónica del establecimiento y desarrollo de los límites entre los dos países, que de la región fronteriza en su totalidad. Por ende, aparte de analizar el caso de los trabajadores migrantes mexicanos, Metz no dedica atención a los movimientos demográficos, el importante intercambio económico y comercial, de ideas, etcétera, que ocurren a través de la línea. Salvo algunas publicaciones gubernamentales, el autor tampoco ha basado su estudio en fuentes mexicanas.

Sea como fuere, el libro de Metz proporciona al lector un panorama interesante de la historia de la demarcación de la frontera entre los dos países, que a pesar de las significativas diferencias culturales entre sus poblaciones y territorios han encontrado en la zona de estos límites un lugar de encuentro donde se intercambian muchos aspectos de las tradiciones culturales de ambas naciones.